

En realidad, es la distribución de los PREMIOS NACIONALES, con que cada año se recompensa a los escritores de Chile, no se puede hablar de merecimientos, pues existe un paralelismo que desdibujaría quien ostenta esta materia. El caso de Fernando Santiván es claro: él podía optar a este premio, por su sostenida labor, ya que también es preciso estampar que esta recompensa no es equivalente a un consuelo para el mejor libro del año, ponga por caso, sino para la obra producida en una existencia de dedicación constante. Esto lo dice muy claro la ley —hay una ley—, que exige al oponente que, por lo menos, posea consistentes años de ejercicio continuado de la literatura. Santiván ha cumplido esta premisa; podía, por consiguiente, optar a él. Se ha sido concedido por méritos acumulados a lo largo de una vida, y lo merece sin reservas. Es verdad que el candidato no era



ción con Carlos A. Montecinos, Miguel Ángel Monrreal escribía los más bellos poemas de autor, sorprendía Armando Bernal con sus conferencias; Pedro Prado escribía "El Llamar del Mundo" y "Flores de Cardo"; Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya publicaban o componían "Señal Lléves", la mejor antología. Luego aparecieron Vicente Huidobro y Pablo de Rada; Rafael Marín escribía sus "Escenas de la vida campesina", luego "La Pacheco", y esa obra maestra también editada por "Los Diez", "Venidos a Menos", mientras Federico Gana daba a la estampa, editado por "Los Diez", que tenía una maravillosa obra de difusión, sus cuentos "Días de Campo". La juventud recitaba los poemas de Víctor Domingo Silva, que estrenaba lecturas con las comodidades españolas, y pasaba su tiempo romántico por las calles ante la curiosidad sensiblera de la gente. Gómez Rojas escribía

FERNANDO SANTIVÁN

PREMIO NACIONAL DE 1952

el, pero esto no significa que yo en ningún momento lo discuta. Fernando Santiván ha pisado sobre la tierra durante 68 años; todo ese tiempo lo han cubierto las estrellas, iluminando los crepúsculos y lo han cantado las aguas y las fronteras; ha sido escritor por vocación irresistible y trabajador como paño.

Vino desde Arauco, que oyó su primer rugido, y que le entregó un corazón, una inteligencia, una cordialidad y un don de gente. Luchó en Santiago, consiguió distinguirse dentro de la plejada de escritores de su época; continuó, recorrió algunos desfiladeros, y varios buscaban los brazos de la muerte, y otros se quedaban quietos por falta de amor a la literatura, o por incapacidad. Un día paró el carruaje, agricultor y escritor, periodista y novelista, periodista siempre, de magnífica presencia: una gran historia ha impreso en su existencia esa gravedad. Es un hombre que ha vivido plenamente, conoce el placer y el dolor; no es imposible que los desahientes, pero ha agredido siempre a paso firme y unánime por anchos horizontes.

Recuerdo que el primer libro que se editó fue "Faltas de Vida", obra que sonó hondamente; más tarde obtuvo un premio valioso con su novela "Amor", que me facilitó su muy hermosa conyugal, una hermana de Augusto Thomas, o sea, d'Halmia. Un galardón prestigioso fue la publicación de su novela "La Heredada", editada por "Los Diez", la más alta corporación de arte de aquel tiempo. Eso hecho significaba taxativamente una consagración. Entre sus libros de gran éxito hay

que colocar a "El Chirri", una obra exegética, un canto al esfuerzo humano, que dotó a un muchacho joven a la juventud de entonces, y mucho más si se piensa que el tipo dar un bello ejemplo con su dedicación al trabajo. "Rocío, Mito y Cía", obra maestra, fue una consagración de "El Chirri", coronaba su penamérico de hombre que criaba a los temerosos de vivir.

Voy a dar un salto en la conmemoración de sus obras, que no será completo; voy a nombrar "La Camacha", uno de sus más deliriosos trabajos; palpita en ese libro una humana fuerza de adaptación y conocimiento del pueblo. Sus libros son innumerables. Creo que el primer ensayo de campo es "La Ostrera", después vino un libro que explotaba, con un fino humor, la aventura de la colonia Tolstoyana; después un trabajo novelado de lucha y símbolo, de ese carácter que algunos llamamos trascendente, por estarlo algo contrario al pueblo. Después, otros libros, en que hay una culminación: "El Malato Riquísimo".

Redactó una bella revista de Artes y Letras, no recuerdo el nombre; más me imagino que remplazaba perfectamente a "Los Diez", la revista de Pedro Prado.

Era hermosa esa época, ya Mariano Latorre había publicado sus "Cuéntos del Maluco", Enrique Montenegro publicaba poemas, y luego hizo las mejores informaciones por radiofónicas en "Pacífico Magazine". Martín Escobar hacía poemas y escribía cuentos maravillosos, que todavía me se han recordado. May Jara había estrenado "Durante la Tempestad", escrita en colabora-

ción con Carlos A. Montecinos. Los revolucionarios a veces traspasaban las calles. Surgía una juventud prometedora y a su alrededor de Pedro Bernal se reunía todo aquel que quería sentir en artista y en hombre de corazón.

Naturalmente, Santiván tenía su grupo, que era el suyo; él que comprendía a Ernesto Galarza, y era capaz de sentir y comprender la belleza de ese grupo era Fernando, amigo de Ramón Robledo, que era sonoro para hablar.

Y libros y tantos. La juventud escuchaba hacia años poemas de la Primavera que aún asombraban, eran alegría plena, eran acceso de vivir, de triunfar.

Y volviendo a Santiván, hay que decir que ha obtenido muchas recompensas por sus obras, que ha hecho buen periodista —lo repito—, y ha sido crítico bien intencionado. Es decir, me compruebo que a crítica precisa una ética difícil de conseguir, por lo menos entre nosotros, donde valores de los que la hacen, generalmente, aprecia lo que puede interpretarlos, más claro; lo que ellos hubieran escrito.

Es, pues, este Premio Nacional un escritor que no merece separarse, y que, sin duda, seguirá trabajando sin desmayos, en demanda de la más completa depuración de expresión y pensamiento.

No es imposible que aún no haya alcanzado un estilo de escritura con el tiempo que vivimos; pero eso podría ser otro galardón, porque significa que en sus planteamientos literarios es claro, y que había una lengua que le pertenece y que carece de desviaciones.

Antonio Alfredo Hernández

Fernando Santiván : Premio Nacional de 1952 [artículo] Antonio Acevedo Hernández.

Libros y documentos

AUTORÍA

Acevedo Hernández, Antonio, 1886-1962

FECHA DE PUBLICACIÓN

1952

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando Santiván : Premio Nacional de 1952 [artículo] Antonio Acevedo Hernández. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile